

EDICION DE LA NOCHE

DE AYER 2 DE ABRIL.

Por la secretaría de la universidad Central se avisa a los que aspiren a sufrir exámenes como alumnos de enseñanza privada en los grupos de asignaturas correspondientes a las facultades de derecho (sección del civil y canónico) y administrativo, medicina, farmacia, filosofía y letras y ciencias, que presenten en la misma, del 1.º al 12 del actual mes de abril, la instancia, acompañada de la partida de bautismo y certificación que acredite ser bachiller.

Dice un colega:

«Lo ha sido reconocido el empleo de capitán de caballería al que lo fué de las filas carlistas D. Antonio Diósadó y Rojas.

«Un reconocimiento se ha hecho en favor de D. Salvador Sampson, teniente coronel graduado capitán de infantería, procedente de fuerzas móviles y que ha sido destinado al ejército de la isla de Cuba.

«En un terreno inmediato a Simancas se ha demolido un cementerio, por la forma de los sepulcros, se cree pertenece a la época de los celitas.

«El juez de primera instancia de Amurrio, D. Laurentino Ocampo y Castillo, ha sido trasladado, por permiso, al juzgado de igual categoría de Astudillo (Palencia).

Han sido nombrados correspondientes de la real academia de Bellas Artes de San Fernando, pertenecientes a la sección de música de la misma, para Sevilla, los Sres. Ilíñez, García, Torres y Marrón, pertenecientes al clero católico de aquella ciudad.

El comité democrático de Jerez, y gran número de sus correligionarios, han obsequiado con un espléndido banquete al Sr. Moreno Rodríguez, candidato por aquella circunscripción.

Ha quedado constituido en Jerez el comité electoral del partido constitucional, bajo la presidencia del Sr. Cenón y Relche y la vicepresidencia del duque de Almodóvar.

Ha sido nombrado director de Sanidad del puerto de Estepona D. Marcial Seco.

Ha sido tanta la lluvia que ha caído en los pueblos de la serranía de Ronda, que en algunos, como Algodonales, han estado incomunicados cuatro días consecutivos, a causa de la extraordinaria crecida del río, tan grande como nunca se ha conocido.

Dice un periódico:

«Ayer llegó a Madrid, con objeto de permanecer en una alta dignidad eclesiástica que hace pocos días viene padeciendo de una enajenación mental.

El marqués de Guadiaro no ha querido aceptar la senaduría electiva por Málaga que le habían ofrecido importantes elementos de la situación.

Ha fallecido en Málaga D. Juan Antonio López, oficial de la administración económica de aquella provincia y pariente del director de Impuestos.

Una numerosa reunión de individuos pertenecientes al partido liberal-conservador en Málaga ha designado como candidatos a la diputación a Córtes por la circunscripción a los señores Casado y García Asensio, una vez que los señores Cánovas del Castillo y Loring han declinado la representación que el citado partido les ofrecía.

Dice los Debares, que no solamente en Barcelona, sino también en Gerona, ha corrido la voz de que el ex-cabecilla Savalls anda pasándose tranquilamente por Cataluña.

Dice un colega que la noche del 29 de marzo ha sido robado de la iglesia de la villa del Campo Criptana un notable

EL CAPITAN SATANAS

111

que aquella mañana la había dado el cura, se abrió bruscamente.

En el mismo instante, un movimiento, que Ben-Joel demasiado ocupado no notó, se hizo en la habitación.

—¡Ahora tú! —dijo el bohemio tendiendo los brazos a Rinaldo.

Rinaldo y Ben-Joel habían recibido ya su sangre fría.

—No llameis al señor cura, —dijo con sorna este último; —está muy ocupado en otra parte.

—¡Ah! —exclamaba al mismo tiempo el criado de Lembrat, —¡vaya! si es suerte nuestra el hallar aquí a Mr. de Cyran!

Y con el mayor disimulo cogió una pistola de su cintura, apuntó al gentil-hombre y éste hizó lo mismo.

Una raya ensangrentada apareció sobre la mejilla de Cyran.

Había visto la muerte de cerca.

Al mismo tiempo que corría a la ventana para cortar la retirada a los asaltantes, soltaba el gatillo de su pistola, casi maquinalmente y sin apuntar.

Un grito de rabia ahogado en un gemido respondió a la detonación del arma.

Después un cuerpo cayó pesadamente al suelo.

El gentil-hombre se puso a la defensiva.

Cyran golpeó con el pié.

En el piso inferior una voz le respondió.

Un minuto después la puerta se abría y aparecía Castillan con una luz en la mano.

—¿Cuánto tiempo necesitas para que te despiertes? —le gritó Sabiniano encorriendo.

Sulpicio no tuvo tiempo de responder.

Ben-Joel, sobre él que quedaba en pie, se lanzaba sobre él, cuchillo en mano, para abrirse paso y ganar la escalera.

Castillan, a falta de arma mejor, lo dirigió la lámpara al rostro.

Cegado por el resplandor, quemado por la llama, Ben-Joel dió un paso atrás y cayó literalmente en los brazos de Cyran que le estrechó con fuerza, gritando a Castillan:

—Ayúdame!

El secretario se desembarazó de la lám-

EL CAPITANSATANAS.

brazos, prestos a así la presa que esperaban.

Santiago distinguía apenas los objetos.

Rinaldo le indicó el lecho, diciendo:

—Ese es el hombre, señor cura.

Longuépé se arrodilló e inclinó su rostro sobre el pretendido moribundo, diciendo con voz potente:

—Me oís, hermano mío?

Con un movimiento tan rápido como el pensamiento, los brazos de Ben-Joel se levantaron y con sus dedos crispados asieron al cura por la garganta.

Al mismo tiempo Rinaldo se arrojó sobre Longuépé, puesto casi en la imposibilidad de defenderse por la mala posición que había tomado, le pasó al rededor del cuerpo una especie de lazo, y mientras que Ben-Joel continuaba sujetándole, sofocando, entre sus dedos inflexibles como garfios de hierro, loató fuertemente los brazos y las piernas.

Violentos sobresaltos hacían levantar a veces con comun movimiento a los tres hombres, pero Ben-Joel no soltaba su presa ni Rinaldo interrumpía su obra.

Y de segundo en segundo, los movimientos del cura se debilitaban; los globos de sus ojos, inyectados de sangre, parecía que iban a saltar fuera de sus órbitas, y su respiración comprimida silbaba fuertemente en su garganta.

Solamente entonces pudo Rinaldo sujetar una fuerte mordaza sobre la boca.

La lucha había durado apenas dos minutos.

Santiago sucedió al fin.

Ben-Joel y Rinaldo le arrojaron sobre el lecho; no tenían ya nada que temer de él.

—Ahora, al otro! —dijo Rinaldo.

Los dos bandidos salieron.

El aldeano venía precisamente a su encuentro.

Con él no tomaron tantas precauciones. El aldeano, además, era un anciano incapaz de oponer una sola resistencia.

Sin decirle una palabra, Rinaldo le arrojó su capa sobre la cabeza, le derribó al suelo y le amordazó tranquila, mientras que Ben-Joel le ataba de pies y manos.

Acabada esta tarea, el viejo fue trasladado al cobertizo y colocado sobre la paja no lejos del caballo de Rinaldo.

—No tenéis nada que temer —le dijo este último al parir; —dormid tranquilo hasta mañana.

Y dejando igualmente su montura, que de nada le hubiera servido en aquella ocasión, Rinaldo dió a Ben-Joel.

—El campo está libre, compañero. ¡Al presbiterio!

XXXV.

Todo estaba tranquilo en los alrededores de Saint-Sernin. La aldea misma estaba sumergida en un profundo silencio; ninguna luz brillaba en las ventanas, y como la noche estaba muy oscura, hacia falta un conocimiento perfecto de la localidad para no ostrarriarse.

Ben-Joel sirvió de guía a su compañero y ambos llegaron a la plaza de la iglesia sin haber hallado alma viviente.

Cincuenta pasos apenas los separaban del presbiterio.

Antes de arriesgar un asalto, eyo resultado, según su convicción, no podía menos de ser decisivo, los dos aventureros se consultaron.

Dos caminos se les ofrecían para entrar en la plaza; la puerta y la ventana.

La puerta, de encina, era sólida y probablemente resistiría a sus esfuerzos.

Podían, en rigor, llamar a aquella puerta, y hacerse abrir por la criada, de la que darian fácilmente cuenta.

Pero los gritos de una mujer debían atraer forzosamente la atención de los vecinos y dar lugar a que Ben-Joel y Rinaldo se las tuvieran que haber con medio pueblito.

Quedaba la ventana.

Esta ventana, Ben-Joel la conocía perfectamente. Por ella es por donde aquella mañana misma, había salido, o más bien, lo habían arrojado de casa del cura.

Era muy accesible. Además, ventaja inmensa en aquella circunstancia, daba a la habitación misma de la cura.

—Vamos —concluyó Rinaldo, a quien Ben-Joel había dado sumariamente todas estas explicaciones. ¡No perdamos tiempo; escalemos!

—Nos hará falta luz —reflexionó el bohemio.

—Ya he pensado en ello.

—Tienes una linterna?

—No; pero tengo media y eslalon que me he procurado en la cabaña donde has representado tan bien tu papel, y que nos servirá cuando entremos una lámpara.

—Ven entonces; yo entraré el primero.

Llegados al pie del muro del presbiterio, Rinaldo prestó a Ben-Joel el mismo servicio que en otra ocasión prestara Castillan a Marotte; es decir, que le prestó su espalda para que alcanzara a la ventana.

El bohemio se elevó a fuerza de puños, y una vez de pie, no sin trabajo, sobre la base de piedra, empujó con todo el peso de su cuerpo sobre la falleba.

La ventana, desequilibrada ya por el golpe,

